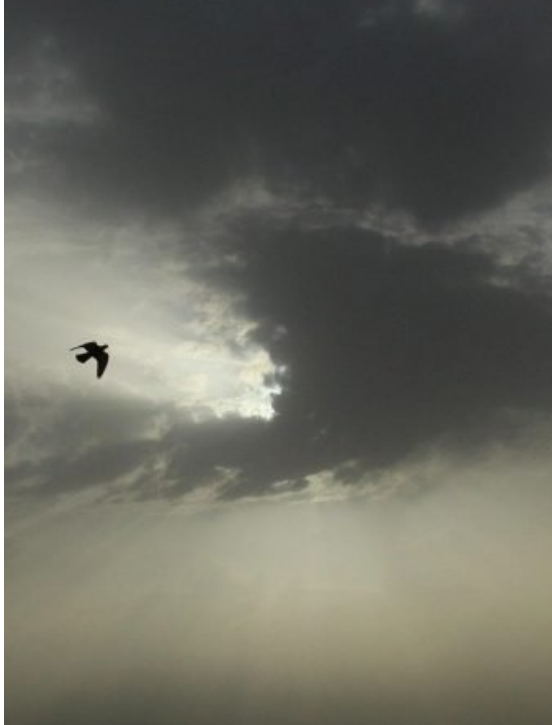




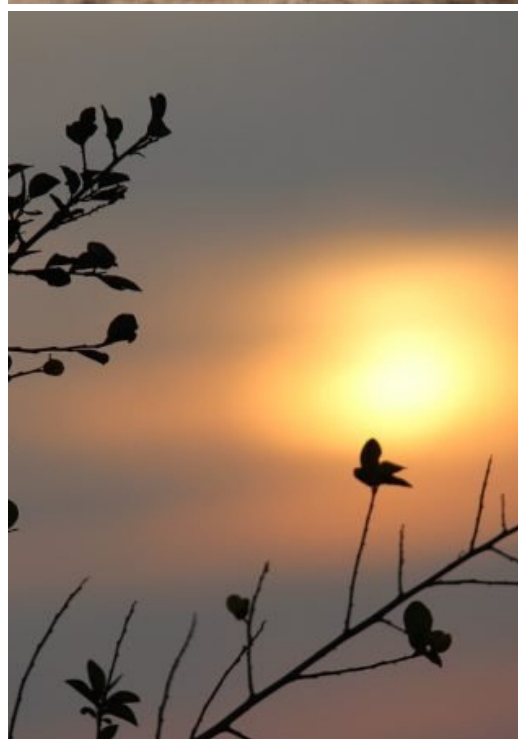
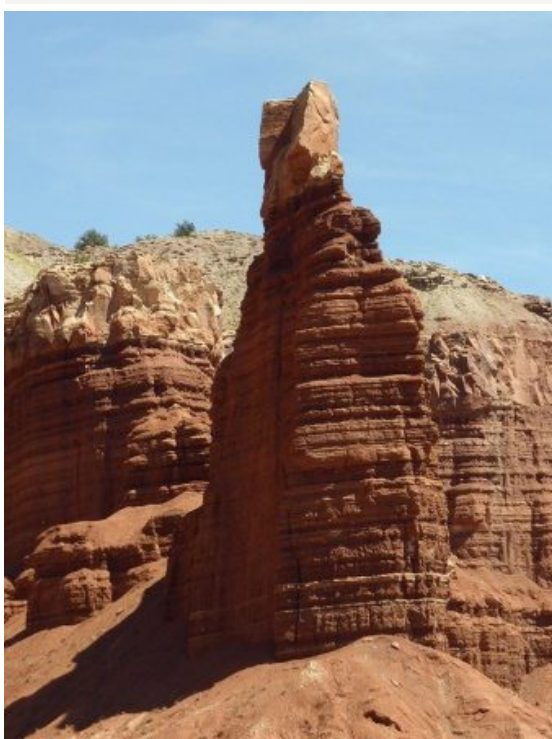
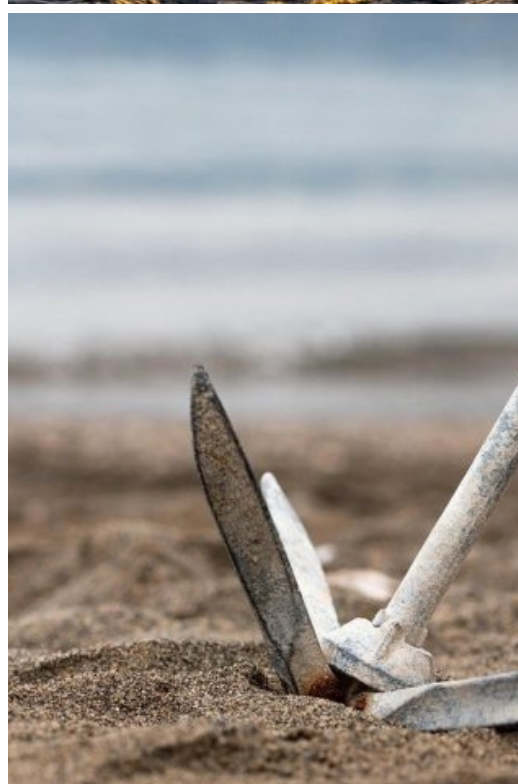
PEREGRINOS DE ESPERANZA

[is]creb Institut Superior de Ciències
Religioses de Barcelona



Església Arxidiocesana
de Barcelona

Curso 2025-26



Introducción

Con motivo de la proclamación de la bula *Spes non confundit* por parte del papa Francisco, el Instituto Superior de Ciencias Religiosas de Barcelona (ISCREB), en colaboración con el Arzobispado de Barcelona, ha querido sumarse a la reflexión y profundización teológica, pastoral y espiritual que esta convocatoria jubilar nos propone.

La bula, que marca el inicio del camino hacia el Jubileo del año 2025, nos sitúa ante uno de los pilares fundamentales de la fe cristiana: la esperanza. Enraizada en la carta de san Pablo a los Romanos —«la esperanza no defrauda» (Rm 5,5)—, esta esperanza no es una simple actitud optimista ante la vida, sino una virtud teologal que brota del amor de Dios derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo.

Este dossier recoge catorce artículos escritos por miembros del profesorado del ISCREB, cada uno de los cuales ofrece una mirada diversa, rigurosa e inspiradora sobre los distintos aspectos que la *Spes non confundit* pone de relieve. Desde perspectivas bíblicas, teológicas, litúrgicas, sociales y pastorales, estos textos quieren ser una invitación a vivir este tiempo como una oportunidad para renovar la confianza, afrontar las incertidumbres del mundo actual y anunciar el Evangelio con una esperanza firme.

Agradecemos la generosa aportación de todos los autores: Lluís Agustí, Marc Mercadé, Santi Torres, Rosa Maria Boixareu, Eloi Aran, Jaume Duran, Josep Maria Marallach, Josep Sastre, Antoni Bosch-Veciana, Isabel Giménez, Jordi Cervera, Antoni Nello, Núria Montserrat y Ezequiel Mir. Sus palabras, nacidas de la reflexión y la experiencia, son semilla de diálogo y motivo de enriquecimiento para toda la comunidad eclesial.

Este recopilatorio quiere ser, por tanto, una herramienta al servicio del discernimiento y de la comunión, para que el Jubileo no sea solo una celebración puntual, sino un verdadero camino de conversión, renovación y esperanza compartida.

Peregrinos de esperanza, año jubilar



*Tiniebla y noche, cielo nublado,
mundo lleno de nubes y oscuridad:
¡Marchaos lejos! Amanece el día, ya nace la luz, llega Cristo.*

(LH. Himno de Laudes. Miércoles sem. III)

¿Podemos esperar algo? ¿Podemos esperar en alguien? ¿Qué motivos tenemos para esperar?

En un mundo contradictorio, lleno de conflictos, nublado, en el que parece que la oscuridad y la niebla lo invaden todo: ¿es necesario seguir esperando? Existen motivos para el desaliento, pero hay muchos más para el optimismo y la esperanza: el día ya amanece y nace la luz del mundo, llega Cristo.

Comenzamos un nuevo jubileo cuyo objetivo es «revitalizar la esperanza en el corazón de cada persona humana». Como dice el Papa Francisco, «a todos los que lean esta carta, que la esperanza llene sus corazones». Es un regalo que nos hace el Papa Francisco en estos momentos complejos, de cambio de época.

Más que hacer una reflexión sobre la esperanza, quisiera animar a la lectura y meditación personal o en grupo de la bula *Spes non confundit*, «la esperanza no defrauda» (Rm 5,5). A muchos de nosotros, en medio de una avalancha impactante de informaciones y noticias, del trabajo cotidiano y las preocupaciones, puede pasarnos desapercibida esta llamada que el Papa Francisco nos hace a los cristianos de hoy. La razón es que realmente necesitamos reforzar el sentido de la esperanza en nuestra vida, ya que en lo más profundo del corazón toda persona espera y desea algo que le ayude a ser más feliz y a vivir la vida con más plenitud, a encontrar un sentido en su vida, a descubrir la presencia de Dios en medio de los signos de la vida cotidiana. Necesitamos leer la realidad desde la perspectiva de la esperanza creyente y confiada.

El futuro es imprevisible y surgen sentimientos contrapuestos de confianza y temor, serenidad y desánimo, de certeza y duda. Encontramos personas que miran el futuro con escepticismo y pesimismo, como si nada pudiera ofrecer la tan anhelada felicidad.

El Papa Francisco nos propone un «camino de esperanza» a lo largo del año jubilar, de tal manera, nos dice, que «el perdón y la misericordia de Dios sostengan y acompañen el camino de las comunidades y de las personas». Nos invita a ser «peregrinos de esperanza» y a ponernos en camino de tal manera que la experiencia del año jubilar nos permita redescubrir valores como el silencio, la oración, la Palabra de Dios, la fraternidad, la catolicidad de la Iglesia, y que nos ayude a salir de nosotros mismos, de nuestra «autoreferencialidad», para mirar más allá y disfrutar de nuevos horizontes. Debemos dar un paso adelante porque, como dice Pablo en la Carta a los Romanos 8, 35.37-39, «nada podrá separarnos del amor de Dios».

Todos necesitamos recuperar la alegría de vivir, porque el ser humano no puede conformarse con sobrevivir o subsistir de manera mediocre, atrapado por la llamada del consumismo y el individualismo que crean en nosotros un sustrato de tristeza que nos convierte en personas intolerantes y desagradables. Necesitamos la luz de la esperanza. ¿Seremos capaces de buscarla?

Lic. Lluís Agustí Parrot

Revivir esperanza en tiempos de cambio



En la bula de convocatoria del jubileo ordinario «*Spes non confundit*» (La esperanza no defrauda), el Papa sitúa la esperanza como mensaje central del próximo Jubileo. Según una antigua tradición el Papa convoca cada veinticinco años a los peregrinos a Roma para vivir el Año Santo. El último Jubileo fue en el año 2000, y todavía recuerdo el Encuentro Mundial de la Juventud que nos llevó a más de dos millones de jóvenes en la ciudad de san Pedro y santo Pablo. Éramos jóvenes llenos de esperanza por un nuevo siglo y un nuevo milenio que se nos abría delante, llenos de expectativas personales, sociales y eclesiales. ¿Qué ha quedado de aquellas ilusiones? Para bien o para mal, el futuro nunca es como nos esperamos y veinticinco años después podemos hacer balance de lo que ha supuesto para nuestro mundo, nuestras comunidades cristianas y nosotros mismos el inicio de este nuevo milenio.

Si miramos los diarios, vemos un mundo atravesado por el dolor y el sufrimiento, por injusticias y desigualdades que parecen no tener fin, aumentadas después de dos crisis económicas y nuevas guerras inmisericordes. Todas ellas son descritas en la bula. Si miramos las Iglesias particulares donde el Papa también nos invita a vivir este año de Jubileo (¡de alegría!) vemos a menudo comunidades más vacías y envejecidas en un

Occidente en declive constante, progresivo e imparable de la vida cristiana. Y en el ámbito personal, cada cual puede hacer balance de cómo ha cambiado su vida en estos 25 años.

Pienso que no en balde el Papa inicia esta bula con la frase con que san Pablo infundía aliento en la comunidad cristiana de Roma «Una esperanza que no defrauda, porque Dios ha llenado con su amor nuestro corazón por medio del Espíritu Santo que nos ha dado.» (Rm 5,5). La esperanza cristiana no es optimismo. El optimismo se fundamenta en las expectativas de un futuro mejor, como el pesimismo lo es de un futuro peor. El cristiano no sabe si el futuro será mejor o peor. En la misma carta a los Romanos san Pablo nos define la esperanza: «Y en esa esperanza hemos sido salvados. Ahora bien, si lo que se espera está ya a la vista, entonces no es esperanza, porque ¿a qué esperar lo que ya se está viendo?» (Rm 8,24). El cimiento de la esperanza cristiana no son las expectativas que podamos o queramos tener del futuro, sino el amor de Dios que llena nuestros corazones. Sentirnos profundamente amados por Dios nos mueve a vivir esperanzados y a actuar para transformar el mundo, la Iglesia y nuestra realidad. Para esto, hay que mirar la realidad tal como es y ver la acción de Dios.

En el número 7 de la bula el Papa nos invita a redescubrirlo en los signos de los tiempos que el Señor nos ofrece. Citando el Concilio Vaticano II se nos recuerda que «para cumplir esta misión es deber permanente de la Iglesia escrutar a fondo los signos de la época e interpretarlos a la luz del Evangelio, de forma que, acomodándose a cada generación, pueda la Iglesia responder a los perennes interrogantes de la humanidad sobre el sentido de la vida presente y de la vida futura y sobre la mutua relación de ambas.» [Const. past. *Gaudium et spes*, n. 4]. Por esto, es necesario prestar atención a todo aquello de bueno que hay en el mundo para no caer en la tentación de considerarnos superados por el mal y la violencia, y caer en el pesimismo. La esperanza cristiana es el antídoto al pesimismo. Como decía el filósofo cristiano Gabriel Marcel, la esperanza está tejida de una experiencia en constante devenir, de una “aventura que todavía no ha acabado”. El miedo nos hace perder la fe en el presente y resta crédito a la realidad. La esperanza, en cambio, es “conceder un crédito a la realidad”, tener fe en ella para creer en el futuro. En este sentido, como afirma el Papa, los signos de los tiempos contienen el anhelo del corazón humano, necesidades de la presencia salvífica de Dios. El presente requiere ser transformado en signos de esperanza para abrir un futuro nuevo que no sabemos cómo será, pero que estará lleno del Amor de Dios.

Dr. Marc Mercadé i Serra

¿Qué signos de esperanza? (Bula papal 'Spes non confundit' nn. 8-9)



Los cristianos, de una manera u otra, estamos obligados a ser testigos y a dar razón de la esperanza. Lo que tenemos entre manos es mucho más grande que las circunstancias históricas que nos ha tocado vivir. Tenemos esperanza porque nos fiamos de la promesa de Dios Jesucristo, y porque sabemos que esta es bien diferente a otras muchas “esperanzas históricas”. Tal como dice el papa Francisco “Spes non confundit” (esta no defrauda). Aun así, no podemos ser ingenuos y negar que por mucho que nos fiamos, hay tiempos personales y comunitarios donde todo resulta más fácil. Tiempos más alentadores y luminosos... Los que estamos viviendo no lo sueño mucho, y es seguramente por eso que el jubileo al que nos convoca el Papa tenga todo el sentido.

Dentro del texto de la bula hay un apartado donde se hace referencia precisamente a los “signos de esperanza”, una invitación en palabras tuyas a “poner atención a todo el bien que hay en el mundo para no caer en la tentación de considerarnos superados por el mal y la violencia” (n. 7).

Entre los signos enumerados el papa hace referencia al signo de la paz. “Que el primer signo de esperanza se traduzca en paz para el mundo, un mundo que se encuentra de nuevo sumergido en la tragedia de la guerra” (n, 8). A las nubes negras de los nuevos y viejos conflictos regionales (Yemen, R. D. del Congo, Kurdistán, Siria, Palestina, Ucrania...), se les ha añadido últimamente la amenaza de un conflicto mundial. Se vuelve a hablar frívolamente de misiles continentales, de armas nucleares... armas con una capacidad de destrucción que ni siquiera podemos imaginar. El próximo año se celebrarán 50 años del lanzamiento de la primera bomba atómica, y aunque la memoria de los últimos supervivientes se apague, no tendría que apagarse la memoria de la humanidad (o mejor de la inhumanidad que supuso aquella acción).

Es esta la razón que porta al papa a situarse en este signo, el signo de la paz, como lo primero a recuperar en este año del jubileo: « ¿Es mucho soñar que las armas callen y dejen de causar destrucción y muerte? Dejamos que el Jubileo nos recuerde que los que “trabajan por la paz” podrán ser “llamados hijos de Dios” » (M7 5, 9)». (n.8)

Otro signo de esperanza menos evidente y seguramente, más contracultural por este jubileo es el que pasa a expresar a continuación: «mirar el futuro con esperanza también equivale a tener una visión de la vida llena de entusiasmo para compartir con los otros» (n.9). Y sitúa este “compartir con los otros” en la necesidad de recuperar el deseo de transmitir la vida, se a de decir, el «deseo de los jóvenes de engendrar nuevos hijos e hijas». Situar el aumento de la natalidad como un signo de esperanza es discutible, puesto que va ligado también (y el mismo papa lo reconoce) al compromiso legislativo de los estados. Pero es verdad que Francesc quiere presentarlo como una iniciativa encaminada a romper el círculo de «conformarse con sobrevivir o subsistir mediocrementemente, amoldándose en el momento presente y dejándose satisfacer solo por realidades materiales».

Es discutible que romper este círculo pase solo por la decisión de tener más hijos y así «llenar tantas cunas vacías como hay a tantos lugares del mundo», porque seguramente hay más formas de dar vida que solo la procreación. Parece que el Papa no consiga escapar del reduccionismo biológico tan presente en la tradición eclesial. Pero sí que se cierto, y en esto quiere poner especial mención el pontífice, que es urgente recuperar el deseo de transmitir vida, tanto la biológica como (añado yo) aquella que se desprende de la multitud de otros compromisos con la dignidad y los derechos de las personas.

Lic. Santi Torres

La persona enferma, peregrina de la esperanza



Spes non confundit, «la esperanza no defrauda»: es el aliento de Pablo a la comunidad cristiana de Roma. Es el ánimo bíblico para quienes desean mantenerse fieles al Dios Padre evangélico, que desborda amor; ese amor profético, exigente y, al mismo tiempo, persistente (por ejemplo, Oseas). Por eso, la Bula nos dice: «La esperanza nace del amor y se fundamenta en el amor...» (3). Esta es una esperanza que se apoya en sí misma, coherente en su argumentación, porque la esperanza necesita ser argumentada. Y la Bula lo hace con convicción para «ese» fiel: se trata de la esperanza cristiana (3), que puede compartir «espacio» con otras esperanzas. Vamos a verlo.

Un montón de citas bíblicas acompañan el texto de la Bula. Citas de las que se extrae el contenido antropológico para enlazarlo con el teológico: ¿o es al revés? Sea como sea, no puede ser de otra manera, porque la reflexión teológica lo es debido a esta humanidad particular y colectiva. Paciencia, perseverancia, valentía, etc., son actitudes citadas, aplicadas y propias del ser humano; también lo contrario.

En el punto 11, la Bula se dirige expresamente a los enfermos, reconociendo la fragilidad de su situación, que hace tambalear su autonomía: se pide que su sufrimiento sea aliviado y se les cuide con el trasfondo de la esperanza bíblica. Pero la enfermedad, ¿qué es? ¿Qué significa ser una persona enferma? Muy brevemente: la enfermedad, con sus características, no es solamente un fenómeno biológico; lo es de la persona en su conjunto y todo lo que ello implica. Es también un fenómeno social que afecta a las relaciones y proyecciones de la sociedad, al medio en el que se vive y convive, y a la naturaleza como hábitat.

Algunos rasgos de la enfermedad: es un proceso en el que la vida se siente amenazada por un conflicto, un debilitamiento, un trastorno, una pérdida, un desorden... que altera la capacidad humana, tanto particular como colectiva, de decidir, planificar y proyectar libremente, porque condiciona (por ejemplo, la pobreza, como fenómeno social, es una enfermedad que afecta a personas y grupos concretos; históricamente, es una enfermedad endémica): cuando alguien enferma, lo vive de esta manera. «Los signos de los tiempos» de la Bula pueden extrapolarse al «pronóstico de la enfermedad»: se espera un buen pronóstico y que este se cumpla. El enfermar social también se vive así: decimos que una sociedad, un grupo social, ha enfermado cuando algunas de estas características forman parte de su normalidad.

La enfermedad es una posibilidad real a lo largo de la vida y afecta profundamente a esta vida; no la deja indiferente: sufrimiento, incertidumbre, duda, inquietud y, también, esperanza. Una esperanza inmanente, porque el sufrimiento, en sentido amplio, exige una resolución rápida y positiva: aquí y ahora. Se vive a la expectativa de la respuesta a un montón de cuestiones que ni se formulan de golpe ni, a menudo, tienen la respuesta deseada, o bien, no tienen respuesta. La persona enferma experimenta una realidad desgarradora que trastoca su normalidad.

Pero hay enfermedades y enfermedades; me refiero a aquellas que dejan una huella en la vida de la persona o del grupo social. La práctica de las obras de misericordia, de las que habla la Bula, describe actitudes humanas que reconocen en «el otro» la propia imagen y se compadecen, es decir, sienten y viven lo mismo que ese «otro» (el relato bíblico añade la dimensión trascendente, pero la compasión forma parte de la lúcida comprensión de lo que significa ser humano).

Cuando alguien enferma, cuando la realidad enferma, se convierte en peregrina hacia una esperanza que restaure el bienestar perdido o dañado, ya sea a nivel personal o más amplio. Una esperanza que aporte lucidez sobre las posibilidades reales y una aceptación valiente de estas; que no sea un «momento» de pasividad, entendida como otra forma de vivir lo mejor posible. Me quedo corta, muy corta, en este relato.

Un último apunte: la Bula tiene un objetivo y componente bíblico y teológico que contextualiza todos los apartados. Es cierto. En el apartado 11, dedicado a los enfermos,

sus circunstancias y los agentes sanitarios, se realiza un ejercicio de sobriedad teológica, quizá porque, en un primer momento, el auténtico discurso sobre el sufrimiento es la compasión. Entendida en cualquier dimensión: personal, social, trascendente.

Lic. Lluís Agustí Parrot

La educación no engaña



De acuerdo, la bula de convocación para el Jubileo de 2025 lleva otro título: “La esperanza no engaña” (*Spes non confundit*; Rm 5,5). Sin embargo, dada la reincidencia de la identificación de la educación como acto de esperanza a lo largo del pontificado del papa Francisco – especialmente en lo que se refiere a la presentación del *Pacto Educativo Global*, el 15 de octubre de 2020, apenas hace cuatro años – no está de menos una reflexión sobre el Jubileo de 2025 desde el ámbito de la educación.

De entrada, la negación del título del artículo puede presentarse como más “realista” si nos dejamos llevar por algunos discursos marcadamente ideologizados –ya sea en perspectiva utópica, gnóstica, involucionista, etc.- sin embargo, así como el papa Francisco pedía un pacto global para la educación, en esta bula nos encontramos con “la necesidad de una *alianza social para la esperanza*, que sea inclusiva y no ideológica” (núm.11) , es decir, resuena como nota de fondo en los documentos magisteriales de la Iglesia de hoy la ida al encuentro del otro y el fortalecimiento de los vínculos hacia el bien común.

Tanto la educación como la esperanza – y la *peregrinación* es una expresión común – piden un recorrido, un *caminar conjuntamente*. No en vano, “pedagogo” es aquel que, en su etimología (*paidos*, infante + *agogos*, acompañante o conductor), “acompaña al niño”. En el ámbito del mundo clásico, el pedagogo era a menudo un esclavo, que

acompañaba el niño a la escuela, y, ya veis, nos podemos poner el *delantal* y lavar pies como lo hacían los esclavos (Jn 13) o nos podemos poner la *bata* de docente y enseñar a niños y jóvenes, pero, al fin y al cabo, siempre estamos “al servicio de”.

Sin embargo, hay un punto más de este “acompañar” en perspectiva de la educación. El educador acompaña porque es a la vez un guía, alguien que lidera. No se trata de un hecho meramente *cuantitativo*, de kilómetros recorridos o acumulación de tareas educativas – que también, porque somos insertados en la historia y somos seres acondicionados en el tiempo y el espacio... “se nos hacen botellas en los pies y callos al cerebro” de caminar y pensar conjuntamente – sino, sobre todo, *cualitativo*, de cómo acompaña y hacia dónde. “Educar” proviene de la palabra indoeuropea “deuk”, que es “guiar”. La educación no engaña cuando no renuncia a su dimensión de guía, cuando no rehúye el señalar caminos concretos, cuando – siendo consciente de ser un pobre y limitado dicho en manos de sabio – indica a la Luna y enseña el resplandor de Aquél quién es la Luz. Educa quien enseña, como aguja de una brújula, la Esperanza.

En cuanto a la educación, hay que tener especialmente presente el número 12 de la bula *Spes non confundit*: “También necesitan *signos de esperanza* aquellos que la representen en sí mismos: *los jóvenes*”. La educación que no engaña es aquella que “no recluye los dedos en las manos” y *no se resigna* (a los malos resultados, a la cantinela desmoralizante, a la opacidad de las malas gestiones, al malbaratamiento vocacional del docente, al doblamiento a prácticas alienantes en bien del consumo, etc.) sino que *significa* una y otra vez apuntado con el dedo bien alto sin dejar de poner, por ello, los medios posibles para acompañar a niños y jóvenes en una vida exitosa. “Resulta triste ver a jóvenes sin esperanza” nos dice el papa Francisco; como comunidad educativa debemos reflexionar si no resulta igualmente triste también una escuela sin esperanza, una escuela sin “nada que ofrecer”.

Para una “escuela en salida”, que responda acompasada a la llamada de una “iglesia en salida” (EG, nums.19-24), es necesaria mucha esperanza y, si este concepto de esperanza resulta muy abstracto, la bula *Spes non confundit* nos da alguna pista: ¡necesitamos, por ejemplo, paciencia! (núm. 4). Salir también es, paradójicamente, detenerse para saber esperar al otro; practicar un cierto *slow learning* que ofrezca un tiempo y un espacio para poder enseñar/señalar el mundo y las cosas en actitud de contemplación y admiración. La educación no engaña cuando posibilita la apertura de cada miembro de la comunidad educativa hacia lo que la fundamenta, donde está anclada; hasta crear un *ámbito de libertad y caridad* (GE, nº8) donde poder llegar a confesar, como San Pablo, que “nada podrá separarnos del amor de Dios que se ha manifestado en Jesucristo, nuestro Señor” (Rm 8,39)

Lic. Eloi Aran Sala

‘Spes non confundit’



Que la esperanza no defrauda es también una realidad para los más vulnerables, entre los que no pocas veces están los de mayor edad de nuestras civilizaciones, a menudo aparcados del mundo de la presencialidad aparente, de la modernidad malentendida y de las vidas exitosas que la juventud busca con ahínco en las redes sociales y el pensamiento consumista de occidente. El número de personas de edad, por motivos de la misma expresión demográfica de los tiempos presentes, se ha multiplicado. Ciertamente, los mayores se convertirán en un pilar fundamental de la sociedad a venir; ellos que han dado lo mejor que tenían en sus manos, que nos han proyectado el anhelo por la libertad y la paz, lograda no sin dificultad y con sufrimientos personales. Son los que han visto prolongar su esperanza de vida a base de ciencia y de avance tecnológico, pero que se esfuerzan por una mejor calidad del vivir, por un vivir con mejor sentido.

Esta generación que encabezará las estadísticas poblacionales ha vivido su fe de forma esperanzada, ha construido este presente a base de amor y convicción. Lo ha hecho decididamente, con los valores del trabajo bien hecho, del esfuerzo cotidiano y de la sencillez de quienes se han construido desde el interior. Esta generación de mayores siguen inspirando la fe, han sido capaces de la mejor de las espiritualidades interiores, de sus oraciones caseras, de su ritualidad silenciosa, compartida en el rellano y en las plazas. Nos han ofrecido una trascendencia que ha bebido de la fe, la esperanza y la

caridad fraterna. Y de estas virtudes, que repetidamente nos llevan a Dios, la esperanza, su esperanza inquebrantable es la semilla fundamental.

Esta esperanza de un mundo mejor, de la Paz que nos tiene que venir, que han hecho y hacen visible a través de sus vidas, de las experiencias que siguen fortaleciendo nuestro constructo social y personal, es una esperanza que como dice Sant Pablo no defrauda, que nunca puede decepcionar, intangible como es, y valiosa. Los mayores han ido arraigando la fe adentro y el amor afuera a partir de esa chispa que les ha mantenido firmes. Se han construido sobre el mundo del siglo XX, empapado de secularismo escéptico, de datos entristecedores y de hechos incomprensibles. Unos tiempos, los actuales, que piden la consistencia espiritual suficiente para mantener la cabeza alta y el corazón bien afianzado ante el ruido y la superficialidad del entorno al que nos conduce el presente que nos rodea.

Para esos nuestros mayores, ¡la esperanza es más apreciada todavía! La percepción meditada y el sentimiento por el mundo que contemplan, en el contexto de los tiempos que les queda por vivir, no es la misma que la que viven las nuevas generaciones que sueñan allá. Ellos ven con cierta inquietud y dolor que el ser humano pierde repetidamente las oportunidades de transformación del Reino que la humanidad anhela. Al acercarse los últimos tiempos, parecería que queda menos de todo para nada.... Es entonces cuando mantener la esperanza viva, la que nunca defrauda, la del último día, la esperanza en Él sólo, es más admirable todavía. Entonces, esta esperanza que hace posible vivir la fe y seguir ofreciendo el Amor, se convierte en una grandeza aún mayor.

Sí, los mayores han sido y siguen siendo referentes en esperanza, auténticos testigos de gratuidad y generosidad. La viven en esas sonrisas que esconden miedos y algunas soledades. En un contexto de grandes incertidumbres, de máxima ambigüedad y complejidad en todo, de creciente velocidad, necesitamos atender, poner atención, a estas preciosas almas llenas de sabiduría y esperanza. Precisamente porque su esperanza, que no tiene calendario, nos es una dulce luz y un suave calor, humilde reflejo de la transformación interior que hace posible la venida del Reino aquí y ahora. La suya es realmente una esperanza que no nos defrauda.

Dr. Jaume Duran Navarro

Signos de esperanza en la Tierra en la hora undécima



La esperanza cristiana tiene su fundamento en la fe, en la certeza de que el amor y la misericordia de Dios son perennes. Sin embargo, dado que el Espíritu Santo es omnipresente y su acción es perenne, debe haber una dimensión encarnada de esta virtud teologal que la bula pontificia «Spes not confundit» evoca e invita a actualizar. Es oportuna, pues, una breve reflexión sobre los ‘signos de esperanza’ hacia nuestro prójimo y la madre Tierra.

En una sociedad dominada por el materialismo tecnocrático, el Jubileo del próximo año propone un poderoso antídoto, recordar una enseñanza bíblica tan importante como olvidada: la Tierra es obra divina, es de Dios, y por tanto los bienes terrenales están destinados a satisfacer las necesidades de toda la humanidad. Reconociendo el vínculo indisoluble entre la paz y la justicia, la bula propone medidas para regenerar un sistema socioeconómico tan injusto que concentra la riqueza material en un número cada vez menor de países, empresas y personas, hasta el punto que el 1% de la humanidad acumula hoy más riqueza material que el 95% restante -según Intermón-Oxfam- y las

desigualdades siguen creciendo, atizando las injusticias y los conflictos en todo el mundo.

Recordando que la justicia social y ambiental son dos caras de la misma realidad, el jubileo de 2025 hace invita a abordarlas conjuntamente. Vuelve a plantear lo que ya intentó -sin éxito- en el jubileo del segundo milenio: la condonación de la deuda económica que los países empobrecidos han contraído hacia los más poderosos, fruto de unas políticas neocoloniales globalizadas. Como los países más ricos no quieren reconocer la inmensa deuda ecológica que tenemos hacia los países empobrecidos de los que importamos la mayoría de recursos que consumimos, se niegan a condonar una deuda económica que es parte esencial de las 'estructuras de pecado' que perpetúan e incrementan las desigualdades escandalosas que encontramos en la raíz de innumerables injusticias, muchas de las cuales desembocan en guerras.

Según el Centro Delàs, el número de países involucrados en conflictos bélicos en los últimos años ha rozado los sesenta, es decir, cerca de un tercio de los países del mundo están en guerra, aunque los medios sólo hablen de unos pocos. En muchas de estas guerras la gran banca y algunas grandes empresas -también españolas- hacen enormes beneficios económicos. Con realismo profético, la bula pide retirar los fondos económicos que van a gasto militar y armamento y destinarlos a nutrir un fondo para acabar con el hambre del mundo, que sufren más de mil millones de hermanos nuestros, según la FAO. Un fondo para financiar iniciativas que hagan que los habitantes de los países empobrecidos y expoliados no tengan que recurrir a la violencia, ni emigrar para sobrevivir o huir de la miseria.

La otra dimensión es la justicia ambiental, la relación explotadora y destructiva que la civilización dominante tiene para con la Tierra, para satisfacer el consumismo desenfrenado de una minoría, que está causando una verdadera hecatombe en la vida silvestre. Desde 1970, el declive de las poblaciones de animales silvestres ha sido del 68%. Más de un tercio de los árboles del mundo ha sido destruido (el signo de la tercera trompeta del Apocalipsis). En Cataluña, en los últimos veinte años, el conjunto de las poblaciones de especies de la fauna silvestre han caído un 25%, pero las poblaciones de algunos grupos, como los peces autóctonos de agua dulce, se han reducido más de un 90 %.

¿Dónde están los signos de esperanza? En las innumerables organizaciones y las personas que no se dejan asustar ni bloquear ante las tendencias globales negativas, que hacen todo lo que está a su alcance a favor de la paz, la libertad y la justicia social y ambiental, ante todo en su interior, y después hacia el prójimo y el resto de seres vivos. Desprendiéndose de cualquier optimismo progresista quimérico, como un acto de servicio a Dios, confiando tal como lo hicieron aquellos 'trabajadores de la undécima hora' en la que nos ha tocado vivir.

Dr. Josep Maria Mallarach

Dios de Dios, luz de luz...



Un día estando en casa de mis padres, vino uno de esos visitantes que de dos en dos solían ir por las casas explicando su lección sobre Dios y Jesucristo. Mi madre la atendió y le dijo: “Espere un momento que Josep sabe más que yo”. En la conversación, con aquella señora le decía: “Que si Jesús no era Dios, sus palabras no tenían la mitad de gracia y que mejor sería seguir la enseñanza de cualquier pensador que no me supusiera demasiados esfuerzos para mí”.

Cuando han ido pasando los años, cuando a uno le anuncian una enfermedad que tendrá que llevar siempre a cuestas, uno va pensando en qué ancla de esperanza puede aferrarse para llegar a buen puerto. Si pensamos como Arrio y sus seguidores, que Jesús no pasa la frontera de la divinidad, que Dios no se ha hecho uno de los nuestros, carne de nuestra carne, sangre de nuestra sangre, humano entre los humanos, porque no les parecía correcto con la absoluta trascendencia de Dios, más vale dejarlo todo.

Al encargarme este comentario, no podía prever las consecuencias de una enfermedad que no me deja pensar demasiado y poder entregarlo a tiempo. Así que lo que os presento no es más que un mosaico y comentario de la Carta de los obispos franceses

con ocasión del Jubileo y del aniversario del Concilio de Nicea, publicada el 12 de noviembre 2024.

El emperador Constantino había encontrado en el cristianismo una religión que podía unir a todo el Imperio, como la antigua religión romana era la «*salus populi romani*». Arrio había desgajado el cristianismo. ¿Cuál era la identidad de Jesús? Los influenciados por el presbítero alejandrino niegan la divinidad de Jesús. Pues eso de que Dios toma carne, que se haga hombre iba contra la absoluta trascendencia de Dios, así, se hacía a Jesús un ser mayor que los ángeles, pero que no pasaba la frontera de la divinidad. Ante Arrio y sus seguidores, Nicea afirmó la “consustancialidad de Jesucristo con el Padre. Es decir, el Hijo es Dios nacido de Dios, luz resplandor de la luz, Dios verdadero del Dios verdadero. Engendrado no creado, de la misma naturaleza (consustancial) que el Padre.

La “consustancial” con el Padre dice la relación de Jesús con el Padre. La fe de Nicea descarta la idea de que Dios el Padre habría enviado a un ser intermediario, un ángel superior, o un Supermán, para salvarnos. No: Dios mismo, Dios viene a nosotros en Jesús, para salvarnos.

En fidelidad con lo que Jesús nos ha revelado de sí mismo de su Padre y del Espíritu, la profesión de fe de Nicea protege este misterio contra la tentación de reducirla adaptándola a nuestra capacidad limitada de nuestra razón y de nuestras ideas sobre Dios. Por tanto no se trataba de peleas y discusiones, ni tampoco de un juego de palabras: se jugaba la verdad de nuestra fe y, por tanto, de nuestra salvación. Lo que no fue asumido no fue salvado decían los antiguos.

La tentación arriana persiste, a lo mejor inconscientemente, en tantas imágenes de un Dios cuya trascendencia nada tiene que ver con la humanidad.

Según tal perspectiva, si Jesús sólo es un admirable modelo a imitar, portador de valores, pero si no se le reconoce como Dios, el misterio pascual no es obra divina y, por su muerte y resurrección, Jesús no nos comunica la vida divina. La eterna comunión de amor de las tres personas es reemplazada por el monoteísmo habitual de un Dios solitario.

Es punto central de nuestra fe, afirmada en Nicea: el hombre Jesús es Dios, nos permite creer que el Hijo ha ofrecido realmente su vida en la Cruz para la salvación de todos. Un Alguien que es Dios, enviado por Dios, el Hijo eterno, se ha humillado para venir a nosotros y salvarnos de la muerte y el pecado.

Dios hecho hombre en Jesús no nos mira ni desde arriba, ni de lejos, ni de forma impersonal. Sin dejar de ser Dios, no teme rebajarse hasta asumir nuestra humanidad y coger y cargarse nuestra debilidad y pecados, para liberarnos y restaurarnos en la paz donde él nos había establecido, con él, entre nosotros y con toda la creación.

Profesar la fe de Nicea, acogida en la Iglesia -dicen los obispos franceses- comporta necesariamente una nueva manera de orar y de vivir. ¿Reconocemos verdaderamente

que Dios se revela en el rostro de Jesús? ¿Somos conscientes de ello y sacamos las consecuencias? ¿Dejamos que este rostro se imprima en nosotros, de modo que nuestra mirada sobre los demás, sobre todo a los demás, nuestra actitud hacia ellos, sean las del mismo Cristo?

La oración de la Iglesia es un exacto reflejo y la continuidad del gran misterio de la encarnación. Dios entrado en la vida del hombre permanece de forma eminente en los gestos y palabras que actualizan la promesa de Jesús: Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo (Mt 28, 20)

La fe de Nicea nos hace redescubrir en nuestra liturgia la fuente y la cima de la presencia viviente de Aquel que ha querido nacer entre nosotros, pobre y humilde. Es Dios que camina con nosotros en la humildad de nuestra humanidad, con quien sigue uniéndose por amor.

1. Boff terminaba su escrito sobre la Navidad diciendo: Y Dios el Todo Otro. Estando con Dios, Jesús se convierte totalmente en hombre. Y Dios se humaniza más y más en Él. Dios se identifica con Jesús. Jesús se identifica con Dios. De este modo, Dios asumiendo al hombre, asimilándole, diviniza su humanidad.

Este intercambio maravilloso constituye el misterio de la encarnación, misterio de la humanización de Dios y de la divinización del hombre. La fe tradicional le ha sintetizado en la fórmula de la Confesión: “Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre. Unidad inmutable, inconfundible, inseparable...”

De todas formas siempre deberemos tener presente, como dice el poeta, que todos los caminos van a Roma pero no todos van a Belén.

-
1. He tenido presente: Il Cristo. Vol II. Testi teologico e Spirituali in lingua greca dal IV al VII secolo a cura di Manlio Simonetti. Fondazione Lorenzo Valla. 1986. Leonardo Boff: Nadal. La humanitat i la jovialitat del nostre Déu. Edit. Claret. Barcelona 1980.

Lic. Josep Sastre Portella

¿Qué será de nosotros después de la muerte?



Podríamos decir que el cristianismo es la religión de la confianza. El cristiano significa, o debería significar, vivir con confianza, hacer de la confianza el motor de la propia vida. Si tomamos la confianza como eje vertebrador de la vida cristiana, veremos cómo impregna el núcleo mismo del *modo de vivir* cristiano. Nos referimos a las tres virtudes teologales: la fe, la esperanza y el amor (o caridad).

Así, confiar en Dios, en los demás o en nosotros mismos es lo que, en lenguaje cristiano, llamamos *creer*. Confiar en la acción de Dios, que se ha manifestado a lo largo de la historia – en el pasado, en el presente y, sobre todo, en el futuro-, es lo que llamamos *esperar*, aunque este verbo lo asociemos casi siempre con la idea de aguardar; y, finalmente, confiar en la fuerza del amor de Dios, en el amor a los demás y en el amor a nosotros mismos es lo que llamamos *amar*. Creer, esperar y amar son *formas de vivir* que están mutuamente implicadas en un mismo acto. Solo cuando estas tres virtudes se articulan de manera íntimamente unitaria y bien articulada, podemos hablar de un acto o una acción cristiana.

Pongamos un ejemplo: si solo esperamos que un proyecto salga bien, pero no creemos en él ni lo llenamos de amor, ese proyecto podría incluso llegar generando un mal

radical. Pongamos el caso de alguien que espera con ansias el éxito del diseño de un campo de concentración... Este ejemplo nos muestra cómo las tres virtudes teologales están plenamente insertas en la dimensión temporal, con una excepción: el amor, que pervive en el no-tiempo, es decir en la eternidad (*Dios es amor*, 1 Jn 4,8.16). Esta dimensión temporal nos permite construir una historia personal humana y humanizadora. Más aún, la vida cristiana está orientada hacia una plenitud, hacia la vida eterna, es decir, la vida en Dios. En ella reside nuestra felicidad plena, que llamamos *bienaventuranza*.

No es lo mismo *ser felices* porque hemos conseguido un trabajo, por ejemplo, que *ser bienaventurados* (lo que es la felicidad plena que Dios nos regala en la *vida eterna*). Creemos en esta *bienaventuranza*, la esperamos y vivimos en el amor para empezar a hacerla presente, como un anticipo, en nuestra vida mortal cotidiana. ¡El cielo debería comenzar a constituirse aquí en la Tierra! Por eso, el *modo de vivir* cristiano tiene un dinamismo que abarca tanto nuestra vida personal como nuestro compromiso dentro de la comunidad.

La esperanza no solo afecta nuestra vida, sino también nuestra muerte. Y de ahí surge la pregunta que encabeza este texto (*¿Qué será de nosotros después de la muerte?*), que es precisamente la misma cuestión con la que el Papa Francisco inicia el nº 21 de la Bula de convocatoria del Jubileo Ordinario del año 2025, dedicado a la *esperanza* (*Spes non confundit*, Rm 5,5). Se trata de una pregunta ineludible y profundamente pertinente. *El sentido de nuestra vida* se juega en *el sentido de nuestra muerte*, en el significado que le damos a nuestra muerte. Porque si algo nos deja claro esta cuestión es, antes que nada, que el ser humano muere.

Ahora bien, el problema de fondo es saber si con la muerte todo se acaba (como afirman el marxismo, el existencialismo y muchas corrientes de pensamiento actuales) o si, por el contrario, *esperamos* que Dios, en nuestra muerte, nos resucitará, es decir, si nos concederá, como un don, *una vida nueva y para siempre* (*vida eterna en Dios*). El ser humano muere, sí, pero su muerte no es el final, sino el inicio de una *nueva vida* en Dios, donde seguimos siendo *idénticamente* nosotros mismos. ¿Cómo va a ser esto? No tiene sentido especular. A esta *nueva vida en Dios* la llamamos *cielo*. No se trata de un lugar físico, sino de un *estado de bienaventuranza*, de vida en Dios, que ya podemos empezar a vivir aquí y ahora, y que estamos llamados a hacer posible para toda la humanidad.

Todo ser humano anhela la *bienaventuranza*. Todo el mundo espera. La vida cristiana es aquella que se compromete a realizar actos y acciones que permitan saborear la *bienaventuranza* aquí, en nuestra realidad presente, y que, al mismo tiempo, sean un anticipo de la vida futura y eterna. Y esto no es solo para nosotros, sino para todos: hay que abrir a los demás la posibilidad de vivir con sentido pleno.

Dr. Antoni Bosch-Veciana

«Que todos sean uno»



“Que todos sean uno: como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que Tú me enviaste” Jn 17, 21.

Con esta frase del Evangelio Jesús nos invita a la unidad como signo de la divinidad. La Unidad proviene de Dios, transparenta su verdadera imagen y al mismo tiempo inspira nuestra identidad más divina, porque nos hace semejantes a Él. Ser Uno, como ellos son Uno.

En la Bula “*Spes non confundit*”, el Papa nos invita a profundizar en este mensaje de la esperanza basado en la unidad. En concreto, en el número 17 se nos invita a la celebración de la Pascua de Resurrección, con la Unión de todos los cristianos, en clave de Esperanza.

El papa Francisco expresó ya en 2022, al Patriarca de la Iglesia de Oriente, el deseo de encontrar una fecha común para que los cristianos, de cualquier confesión celebremos juntos la Pascua. El Patriarca Ecuménico Bartolomé pidió celebrar la Pascua de 2025 en común, enfatizando “la buena voluntad y buena disposición por ambas partes”.

La celebración común de la pascua del próximo año, no es sólo una feliz coincidencia. Este año 2025 se cumple el 1700 aniversario del primer Concilio Ecuménico de Nicea, que promulgó el símbolo de la fe y además, abordó también la cuestión de la reglamentación del tiempo de la Pascua.

Las Iglesias ortodoxas siguen el calendario juliano, en lugar del gregoriano, y celebran la Resurrección cinco semanas más tarde que los católicos y protestantes, concretamente. En 2025, sin embargo, la fecha ha coincidido y ha sido el domingo 20 de abril.

Han surgido alrededor de este acontecimiento diferentes grupos, como el grupo Pascua Together 2025, que reúne a realidades y comunidades de distintas confesiones cristianas, con el objetivo de invitar a las iglesias a celebrar la Pascua en común, “invitando a perseverar y esforzarse en la búsqueda de una posible comunión, evitando todo lo que, por el contrario, pueda conducir a mayores divisiones entre hermanos”.

Este acontecimiento Pascual nos invita a profundizar en el significado de la Pascua de Resurrección y en la necesidad buscar la celebración de la Pascua de Cristo, por encima de nuestros esquemas y nuestros calendarios.

Necesitamos, tal y como decía el papa Francisco, pedir “la gracia de ser cada vez más” discípulos de Cristo, “dejándonos indicar por Él el camino a seguir, y acogiendo con humildad la invitación, hecha ya un día a Pedro, a seguir sus huellas, y a no pensar según los hombres, sino según Dios”.

Es necesario “caminar juntos”, concluyó Francisco y para ello sería oportuno “recomenzar, como los apóstoles, desde Jerusalén, lugar desde el que se difundió por el mundo el anuncio mismo de la Resurrección”.

El papa Francisco nos invitaba a un signo claro de esperanza, que es el de la Unidad de los Cristianos. Es signo para todos, de cualquier confesión, porque supone un gesto claro y visible, que habla por sí mismo y que trasparenta la misma imagen e identidad de Dios. Todo aquello que conduzca a la unidad, a la construcción de puentes, a la superación de diferencias, al hermanamiento y la reconciliación... resuena a Evangelio y a Jesús.

Ya es momento de vivir con esperanza un futuro en el cual, no se busquen causas que nos diferencien, o motivos que nos separen en creencias, costumbres o ideas. Ya es momento de vivir con esperanza la unión desde un mismo Espíritu, que es el Espíritu divino, que muestre la unidad, en el seno de la misma esencia de Dios que es la Trinidad.

Ya es momento... de que seamos Uno y transparentemos la unidad de Dios.

Lic. Isabel Giménez Beút

La Esperanza como ancla del alma



En el contexto del próximo Jubileo, la bula *Spes non confundit* propone una mirada renovada sobre la esperanza como fundamento de la fe cristiana. A través de la metáfora del ancla, el autor de la Carta a los Hebreos evoca una imagen potente de esta esperanza, que, según sus palabras, es «firme y segura». Este artículo profundiza en el significado del ancla como símbolo de la esperanza que nos sostiene, guiándonos hasta el «Santo de los Santos» donde Jesús, gran sacerdote, nos precede.

Hebreos insiste en mantenerse firmes en la esperanza hasta el final: «Queremos que cada uno de vosotros demuestre el mismo empeño para la plenitud de la esperanza hasta el final» (Heb 6,11). También repite, en positivo, la advertencia anterior de no volverse indolentes: «No os volváis indolentes» (Heb 6,12). Con un tono amable y exhortativo, se invita a imitar a quienes, con fe y paciencia, han heredado las promesas divinas: «imitadores de los que, mediante la fe y la paciencia, han heredado las promesas» (Heb 6,12).

El tema de heredar las promesas divinas (Heb 6,12), de las cuales Abraham fue el primer destinatario, centra una exhortación donde se afirma que tales promesas iban acompañadas de un juramento, también divino: «Cuando Dios prometió a Abraham, no pudiendo jurar por otro mayor, juró por sí mismo» (Heb 6,13). Esta promesa y juramento divino se concreta citando Gn 22,17: «Bendiciéndote te bendeciré, y multiplicándote te multiplicaré» (Heb 6,14). La espera paciente de Abraham le permitió disfrutarlo: «esperando pacientemente, obtuvo la promesa» (Heb 6,15).

También se destaca la relevancia del juramento humano, que invoca un nombre mayor como garantía de su cumplimiento: «Porque los hombres juran por alguien mayor que ellos» (Heb 6,16). Asimismo, el juramento humano asegura el fin de los litigios: «en toda discusión entre ellos, el juramento pone fin, como garantía» (Heb 6,16). Esta presentación introduce el valor del juramento divino, que es inmutable por naturaleza: «queriendo mostrar más plenamente a los herederos de la promesa la irrevocabilidad de su designio, interpuso un juramento» (Heb 6,17). Entonces, la garantía de que se cumplirá la promesa y el juramento divino —presentado en forma de bendición y descendencia— se vuelve plena. Así pues, el consuelo de que todo se cumplirá debe ser absoluto, apoyándose firmemente en tal promesa: «para que, mediante dos actos irrevocables —en los cuales es imposible que Dios mienta—, tengamos un firme aliento los que buscamos aferrarnos a la esperanza propuesta» (Heb 6,18).

La metáfora del ancla que se aferra al fondo marino para fijar la nave expresa que la esperanza cumple la misma función dentro del alma, dándole anclaje y estabilidad: «la tenemos como ancla del alma, segura y firme» (Heb 6,19). También añade, haciendo una alegoría cultural, que la esperanza eleva el alma creyente a las alturas hasta traspasar el velo del templo celestial: «que entra hasta el interior del velo» (Heb 6,19). Se trata de una escena teológica increíble, que culmina con la certeza de que Jesús, como nuestro precursor, atravesó previamente este velo celestial: «donde, como nuestro precursor, entró Jesús» (Heb 6,20). Esta imagen teológica expresa la exaltación de Jesús en las alturas tras su vida mortal. Es precisamente en este espacio cultural eminentísimo del Sancta Sanctorum celestial, después de traspasar el velo, donde Jesús ha llegado a ser gran sacerdote eterno, siempre según el orden de Melquisedec: «que, según el orden de Melquisedec, ha llegado a ser gran sacerdote para siempre» (Heb 6,20).

Dr. Jordi Cervera i Valls

Esperanza más allá de la historia humana



19. «Creo en la vida eterna»: así lo profesa nuestra fe y la esperanza cristiana encuentra en estas palabras una base fundamental. La esperanza, en efecto, «es la virtud teologal por la que aspiramos [...] a la vida eterna como felicidad nuestra». El Concilio Ecuménico Vaticano II afirma: «Cuando [...] faltan ese fundamento divino y esa esperanza de la vida eterna, la dignidad humana sufre lesiones gravísimas —es lo que hoy con frecuencia sucede—, y los enigmas de la vida y de la muerte, de la culpa y del dolor, quedan sin solucionar, llevando no raramente al hombre a la desesperación». Nosotros, en cambio, en virtud de la esperanza en la que hemos sido salvados, mirando al tiempo que pasa, tenemos la certeza de que la historia de la humanidad y la de cada uno de nosotros no se dirigen hacia un punto ciego o un abismo oscuro, sino que se orientan al encuentro con el Señor de la gloria. Vivamos por tanto en la espera de su venida y en la esperanza de vivir para siempre en Él. Es con este espíritu que hacemos nuestra la ardiente invocación de los primeros cristianos, con la que termina la Sagrada Escritura: «¡Ven, Señor Jesús!» (Ap 22,20).

Papa Francisco, *Spes non confundit*. Bula de convocación del Jubileo Ordinario del año 2025, Roma 9 de mayo de 2024

La esperanza cristiana se mueve entre la historia y la eternidad, entre nuestro peregrinaje humano, en el que asumimos el protagonismo, aunque invocando la luz y la fuerza de Dios para conducir esta historia por los caminos de la justicia y de la paz, y la vida eterna, en la que Dios tiene todo el protagonismo al acogernos en ese Reino ya eterno y definitivo que sembró en el alma humana a través de Jesucristo y mantuvo vivo y expectante a través del Espíritu Santo.

Este movimiento entre hoy y siempre es más bien una relación dialéctica en la que un aspecto reclama la presencia y complementariedad del otro. Una tensión insuperable que nos obliga a mantenernos atentos a dos polos de atracción existencial. Vivimos responsablemente la historia, pero sabiéndonos llamados y orientados hacia la eternidad de Dios y en Dios. Vivimos en la esperanza de la vida eterna, que, aunque desconocida para nosotros, sabemos que nos es dada amorosamente por Dios, pero una esperanza que hay que encarnar en la dinámica histórica humana que anuncia, prepara e inicia la historia de la eternidad en Dios. De manera que no podemos decir que vivimos la esperanza cristiana si al mismo tiempo no estamos profundamente implicados en los avatares de nuestra historia humana. Pero no vivimos la esperanza cristiana si nos limitamos a una mirada temporal, entre el ayer, el hoy y el mañana de la historia, prescindiendo de la dimensión de eternidad que trasciende la historia y la lleva más allá, a la dimensión que, aunque nos es desconocida, nos es propia como promesa de Dios en Cristo animada en el fondo de nuestros corazones por el Espíritu.

Es por eso por lo que la esperanza cristiana nos aleja de la sensación de vacío, del temor a que todo sea un disparate o un tiempo perdido, porque todo, cada momento de nuestra existencia histórica, forma ya parte del tejido de la eternidad. Y nada, ni los más dolorosos desastres, ni los más disparatados desbarajustes de nuestro mundo, nos derrumbará, porque nos sabemos lanzados a una trascendencia, a un más allá que asume, sana y supera toda contingencia. Pero tampoco los éxitos más gratificantes, ni las victorias más grandiosas, ni las experiencias más hermosas nos deben ni pueden distraer de la fugacidad de todo ni de su semilla de plenitud que nos hace mirar confiados hacia un futuro de eternidad que está en Dios y es Dios mismo.

Vivir en la esperanza es, así, vivir seriamente nuestra cotidianidad y al mismo tiempo ansiar y atisbar un futuro trascendente que nos lleva a la plenitud del amor de Dios.

Dr. Antoni Nello Figa

1700 años del Concilio de Nicea: una conmemoración para la conversión y la acción

16 junio, 2025



El actual jubileo no es solo una oportunidad para renovar la fe y la esperanza cristianas, sino que también nos invita a recordar un acontecimiento fundamental en la historia de la Iglesia: los 1700 años del Concilio de Nicea. Este concilio, convocado por el emperador Constantino en el año 325, fue el primer gran concilio ecuménico y marcó un antes y un después en la formulación de la fe cristiana y en la defensa de su unidad. El papa Francisco, en su bula *Spes non confundit*, recuerda la importancia de este concilio y destaca diversos aspectos que siguen siendo relevantes hoy, especialmente en el camino sinodal que la Iglesia está recorriendo.

Uno de los grandes desafíos del Concilio de Nicea fue responder a la crisis arriana, que negaba la plena divinidad de Jesucristo. Esta cuestión no era menor, ya que ponía en peligro la comprensión misma de la fe cristiana y su coherencia interna. Los obispos reunidos en Nicea, inspirados por el Espíritu Santo, proclamaron la plena divinidad del Hijo, afirmando que era "de la misma naturaleza que el Padre" (*homoousios*), y así establecieron el Credo que aún hoy recitamos en la liturgia dominical.

Este episodio histórico nos recuerda que la Iglesia siempre ha tenido que afrontar tensiones internas y desafíos doctrinales. Hoy en día, aunque las herejías de los primeros siglos hayan sido superadas, siguen existiendo tensiones que afectan a la unidad eclesial: divergencias teológicas, diferencias disciplinarias entre diversas tradiciones e incluso visiones opuestas sobre cuestiones sociales y pastorales. En este sentido, el Concilio de Nicea nos enseña que la unidad no es un hecho automático, sino una realidad que hay que custodiar y cultivar con diálogo, escucha y oración.

El papa Francisco destaca en *Spes non confundit* que el Concilio de Nicea es un referente valioso para la sinodalidad. En efecto, Nicea no fue simplemente una reunión de expertos teólogos, sino un encuentro eclesial donde los pastores de la Iglesia, provenientes de diferentes regiones y tradiciones, discernieron juntos la verdad de la fe. El hecho de que los obispos tomaran una decisión conjunta, guiados por el Espíritu Santo, nos muestra que la sinodalidad no es una novedad contemporánea, sino una característica esencial de la vida eclesial desde los primeros siglos.

Hoy, el papa nos invita a vivir una Iglesia más sinodal, donde todos los bautizados, con sus distintos carismas y ministerios, sean corresponsables en la misión evangelizadora. Esto significa recuperar una manera de actuar en la que la consulta, el discernimiento comunitario y la comunión sean pilares fundamentales. Así como Nicea fue capaz de dar una respuesta clara a una crisis doctrinal mediante el diálogo y la reflexión colectiva, hoy la Iglesia necesita espacios donde pastores y fieles puedan caminar juntos en la búsqueda de respuestas a los desafíos contemporáneos.

Otro tema tratado en Nicea, y que todavía hoy permanece como una cuestión abierta, es la unificación de la fecha de Pascua. El concilio estableció que la Pascua cristiana debía celebrarse el primer domingo después de la primera luna llena de primavera. Sin embargo, con el paso del tiempo, las diferencias entre el calendario juliano y el gregoriano han hecho que las iglesias de Oriente y Occidente celebren la Pascua en fechas distintas.

El papa Francisco ve en el Jubileo de 2025 una oportunidad providencial para dar un paso decisivo hacia la unidad en este aspecto. La división en la celebración de la Pascua es una herida visible, ya que el misterio central de la fe cristiana debería ser celebrado en un mismo día por todos los que creen en la Resurrección. Muchos fieles ya no comprenden las razones históricas de esta divergencia y ven con perplejidad que los cristianos sigan separados en este punto. El llamado del papa a buscar una fecha común no es solo un gesto de reconciliación ecuménica, sino también un testimonio ante el mundo de que la unidad cristiana es posible cuando se pone a Cristo en el centro.

Finalmente, el recuerdo de Nicea no debe ser solo una conmemoración histórica, sino una llamada a la conversión y a la acción. Si Nicea nos habla de la importancia de la unidad en la fe, nuestro tiempo nos pide trabajar por una unidad visible entre los cristianos. Si Nicea fue un modelo de sinodalidad en la toma de decisiones, hoy debemos aprender a caminar juntos como Iglesia sinodal. Y si Nicea quiso establecer un criterio común para la celebración de la Pascua, nosotros estamos llamados a superar los obstáculos que todavía nos separan en este y otros aspectos.

El papa Francisco nos invita a vivir este aniversario con espíritu de acción de gracias, pero también con compromiso. Nicea nos recuerda que la unidad es un don y una tarea: un don que recibimos de Dios y una tarea que debemos llevar a cabo con fidelidad y valentía. Que esta conmemoración nos ayude a avanzar hacia una Iglesia más unida, más sinodal y más fiel al testimonio del Cristo resucitado, que sigue llamándonos a ser un solo cuerpo en medio del mundo.

Dra. Núria Montserrat Farré i Barril

El agujón de la esperanza

14 julio, 2025



Dado que el Reino de Dios es una realidad que afecta al mundo actual, el cristiano materializa su esperanza en medio de la complejidad histórica.

En una de las dos fórmulas oficiales de la profesión de fe conservadas por la tradición de la Iglesia, se proclama: «Creo [...] en la vida eterna.»

En la época contemporánea, esta esperanza de un mundo más allá —de un Reino por venir— ha sido objeto de un profundo cuestionamiento, primero desde fuera, después dentro del pensamiento cristiano. Este escepticismo surge porque la esperanza escatológica (del griego *eschatos*, que significa último, final) había sido a menudo la coartada de un orden establecido, fundamentado en la dominación y la injusticia. Así, desviaba al creyente de las luchas sociales, ofreciéndoles un consuelo en una pasividad resignada. Esta espera de una vida futura parecía, desde esa perspectiva, un opio para las masas alienadas, una superstición que perpetuaba los intereses de los poderosos.

La crítica de esta escatología complaciente era necesaria. Recordando que la esperanza del Reino de Dios no justifica, en ningún caso, eludir las responsabilidades frente a los problemas y desigualdades del mundo presente, esta crítica contribuyó a resaltar la dimensión social, política e histórica de la fe. El Concilio Vaticano II oficializó esta renovación de la escatología, afirmando: «Enseña [...] la Iglesia que la esperanza

escatológica no merma la importancia de las tareas temporales, sino que más bien proporciona nuevos motivos de apoyo para su ejercicio.» (GS, núm. 21.3).

Una esperanza extrema

¿El creyente puede todavía confesar que esta esperanza escatológica renovada inspira su acción? ¿Es relevante para él, mientras participa en luchas con no creyentes, encontrar apoyo en esa fuente de motivación? ¿Es la promesa bíblica de un «cielo nuevo y una tierra nueva» (Ap 21,1) sólo una mitología para almas piadosas? Para responder a estas preguntas, primero es necesario indagar qué significa esta figura trascendente del Reino.

El Evangelio habla del Reino como de una realidad incoativa: es ya perceptible en este mundo, pero todavía no plenamente realizada. Cuando Jesús habla de ello, afirma que está entre nosotros, pero también anuncia su advenimiento en un futuro indeterminado. Aunque de algún modo ya se ha manifestado en la historia, el Reino es, al mismo tiempo, otro sitio. En este sentido, se trata de una utopía, en el sentido etimológico de u-topos, que significa no-lugar o más allá de todo lugar. El Reino representa la esperanza que desborda cualquier espacio humano, ese exceso de deseo que ninguno de nuestros proyectos singulares puede contener del todo. Dentro de la conciencia cristiana, simboliza este por venir y ese universal que mantienen abierto el imaginario y cuestionan constantemente la tendencia humana a encerrarse en el presente y en lo particular. Así, el Reino se convierte en un llamamiento continuo a la superación personal y colectiva. La liturgia de la Iglesia lo evoca admirablemente cuando ruega para que se cumplan los tiempos, dando lugar finalmente a un «Reino de verdad y de vida; reino de santidad y de gracia; reino de justicia, de amor y de paz.»

Evidentemente, nos movemos aquí en el orden de la fe. De hecho, en la tradición cristiana, la historia nunca se ha concebido como un flujo de tiempo aleatorio e indefinido. Heredero fundamentalmente del judaísmo, el cristiano cree que la historia del mundo y de la humanidad avanza hacia un destino último en el que encontrará, en Dios, su final y su consumación. Sin conocer ni el día ni la hora de este desempeño misterioso, algunos creyentes redescubren su deber de trabajar, a nivel personal y colectivo, para mejorar este mundo de cara a ese advenimiento. Para ellos, esta esperanza extrema, lejos de desvincularlos de sus responsabilidades, se convierte en un imperativo: contribuir, junto a todas las personas de buena voluntad, a la transformación de la sociedad según los ideales del Reino. Como ha subrayado el concilio: «El mensaje cristiano no aparta a los hombres de la edificación del mundo ni los lleva a despreocuparse del bien ajeno, sino que, al contrario, les impone como deber el hacerlo.» (GS, núm. 34.3).

Una instancia crítica

La teología del Vaticano II vincula, pues, la realidad del Reino de Dios con la conciencia social y la responsabilidad ética hacia el mundo. Esto ha permitido a muchos cristianos descubrir que no existe ninguna opción que les libere del compromiso con la lucha contra la opresión, y que la fe no puede ser un refugio tranquilo que exima de afrontar

la complejidad de las relaciones sociales y los debates políticos. A partir de las Escrituras donde abundan las imágenes de un mundo regenerado (cf. Is 25,6-9 y Rom 8,18-23) y de una sociedad donde los poderosos son derribados y los ricos rechazados (cf. Lc 1,52-53), el creyente se siente portador de una utopía con una fuerza subversiva irrefutable para el orden establecido.

La esperanza escatológica, así entendida, ya no tiene nada que ver con aquella geografía vaporosa del más allá, caricaturizada en el pasado. Tomar en serio la Biblia, que proclama bienaventurados los pobres, los sedientos de justicia y los pacificadores (cf. Mt 5,1-12), implica adoptar una postura crítica vigorosa que interpela nuestras democracias y cuestiona constantemente la configuración de la nuestra convivencia.

El cristiano no debe avergonzarse, pues, de su esperanza, porque ha sabido transformar este imaginario escatológico, arraigado en su tradición de fe, en un aguijón que impulsa el compromiso y un criterio de juicio para evaluar la calidad real de las relaciones sociales. Al igual que todas las personas que trabajan por un mundo mejor, se guía por un ideal basado en convicciones indemostrables, pero cuya relevancia se puede evaluar a través de los frutos que producen en el mundo. El creyente, por tanto, se reconoce vinculado a todas aquellas personas que, a pesar de estar animadas por convicciones más seculares, le acompañan –y a menudo le preceden– en la lucha por la justicia, la paz, la libertad y la solidaridad.

Una trascendencia que habita la historia

«El reino está ya misteriosamente presente en nuestra tierra; cuando venga el Señor, se consumará su perfección.» (GS, núm. 39.3). En esta afirmación conciliar, el creyente encuentra todavía hoy la fe necesaria para comprometerse social y políticamente, a pesar de las dificultades e incertidumbres de nuestro tiempo. Así, consciente de su responsabilidad de llevar la esperanza del Reino al corazón de las luchas más concretas de la historia, el creyente se esfuerza por mantener viva la memoria de un mundo que ya está transfigurando el presente.

Para el cristiano, la espera activa del Reino de Dios debe hacer germinar, ya ahora, las promesas escatológicas de un mundo en el que, como dice el salmo, «el amor y la fidelidad se encuentran, la justicia y la paz se abrazan» (Sal 85,11).

Lic. Ezequiel Mir

